

## SANTO TOMAS DE AQUINO ANTE LA CIENCIA MODERNA

(Concordismo)

Tal es el título de un hermoso folleto del doctor Francisco M. Rengifo. Y lo llamo hermoso, porque tiene todas las condiciones de la hermosura intelectual, y agrego que es oportuno, porque él viene a contribuir a esa magnífica y renovadora empresa, cargada de frutos y llena de esperanzas, de poner el tomismo en contacto con la ciencia y filosofía modernas, en la cual fueron precursores Balmes, Staudenmayer, Sanseverino, Kleutgen, Prisco, Zigliara y González; el propulsor principal, el gran Papa León XIII, y los continuadores, todavía vivientes, Pesch, Arbós, Urráburu, Farges, Gutberlet, Kilm, Müller y, sobre todo, Mercier y sus colegas y discípulos del Instituto superior de filosofía de Santo Tomás de Aquino en la Universidad de Lovaina, hoy arruinada pero no muerta, porque, inmortal, resurgirá nuevamente de sus ruinas con esplendor mayor aún que el primero.

Estudia el doctor Rengifo en su opúsculo la conformidad de la doctrina tomista con algunas de las más probadas doctrinas de las ciencias matemáticas y de las físicas, como en la del verdadero concepto del infinito matemático, de alguna de cuyas fórmulas algebraicas deduce la necesidad de un factor verdaderamente infinito para explicar la creación de las cosas; y en las más aceptables entre los físicos y químicos sobre la constitución esencial de los cuerpos, la ley de la conservación de la materia y de la energía, la hipótesis del éter y el movimiento; y en todas hace ver el docto catadrático la solidez, profundidad y trascendencia de los luminosos principios y verdades incontrovertibles de la inmortal e incomparable filosofía

tomista, habiendo llevado a tan feliz término su empresa, que ha merecido las justas alabanzas de personas competentes de su nación y del extranjero, Esguerra, Fallon, Perrier, Carrasquilla y la *Revue Neo Scolastique*, de Lovaina.

Adviértese, sin embargo, a tiro de ballesta, que el autor, sujeto de buena inteligencia y muchos conocimientos, no ha llegado aún a la madurez de los años y, por tanto, a la de doctrina que ordinariamente sólo es fruto de los muchos años. Y así se le ve tan entusiasmado con su concordismo científico-tomista, que no se le ocurre una vez siquiera explicar el valor de ese concordismo; porque no hay que olvidar que en él se trata de establecer la conformidad entre doctrinas de diferentes órdenes, especialmente de dos, del orden físico y del metafísico; y como la certeza del primero es inferior a la del segundo, al modo que lo es la ciencia física respecto de la metafísica, de ahí que el concordismo entre la filosofía de Santo Tomás y las doctrinas<sup>23</sup> más aceptables de las ciencias físicas no puede ser absoluto, porque si no puede fallar nunca la certeza metafísica, puede fallar la de la física (1), ciencia en la que, por la misma naturaleza de su objeto, a penas pasa de lo probable la inteligencia humana, y así vemos que teorías que se han creído indudables por mucho tiempo, a veces por siglos, como el geocentrismo, han venido, ante nuevos cálculos, observaciones y experimentos, a demostrar que no eran verdaderas, a pesar de lo evidentes e incontrovertibles que parecían. Hoy mismo, después de las experiencias de Le Bon, no se podrá todavía dudar, pero sí hay que entender de modo distinto del de hace veinte años

(1) El autor parece seguir a Balmes, para quien la certeza es firme adhesión de la mente a un juicio. La escuela tomista no considera como objeto de la certeza sino la verdad. Y así como esta última no muda, la certeza nunca falla. (N. de la R.)

la ley de la conservación de la materia y la de la energía, elevadas por muchos nada menos que a la categoría de principios. Esto nos obliga a ser circunspectos en el concordismo de la filosofía con la ciencia, pues aunque la filosofía supone la ciencia, y entre una verdad filosófica y otra científica no puede haber discrepancia, sin embargo, ni la filosofía es simplemente una síntesis de las ciencias, sino algo más, mucho más, ni lo que nos parece una verdad física a veces lo es; y por eso el concordismo no tiene siempre un valor absoluto, sino relativo. Lo mismo, y con mayor razón, afirmo del concordismo científico filosófico teológico, el cual debe ser entendido y aplicado aún con más moderación, si no queremos exponernos a concordar hoy la verdad divina con una teoría humana, y dentro de un siglo con la opuesta, pues si en la revelación caben muchos sentidos, no por eso caben los opuestos, pues ello sería la negación de la verdad divina.

Por otra parte, al tratar de conciliar el docto catedrático, en el terreno puramente físico, la hipótesis moderna del éter con la doctrina tomista, no repara lo bastante en que el éter para Santo Tomás no es sino un quinto cuerpo, y para los modernos, que lo admiten, es como la substancia material universal, idea bastante más general que la tomista. Por el contrario, no siempre se acuerda el sabio profesor de concordar la física moderna con la tomista, cual es en parte su propósito, y así sucede que al explicarnos lo que entienden los modernos por electricidad, magnetismo y gravedad, se olvida de las ideas tomistas a este respecto. Ni tampoco ha sacado todo el partido que hubiera podido sacar dentro de su propósito, en el caso de haberlas tratado con más extensión que lo hace, de las nociones tomistas sobre el movimiento local.

Además, hubiera sido conveniente que el doctor Rengifo explicase el título de su excelente opúsculo,

pues si es cierto que el nombre de ciencia se aplica hoy especialmente a las naturales y exactas, no lo es menos que no podemos contentarnos con ese rebajamiento de la denominación de ciencia los que creemos en la superior de la filosofía.

Y también hubiera deseado yo que el docto catedrático de Bogotá no participase de la opinión común que cree áridas las matemáticas, pues no lo son, enseñándolas como deben enseñarse. Sobre esto hay una literatura inmensa; pero me limito a recomendar al doctor Rengifo la *Lógica* del P. Gratry, *El Cálculo Infinitesimal*, al alcance de todos, de P. R. S., y sobre todo, las obras del gran matemático español Zoel Galdeano, libros todos que supongo conocerá (1).

Por fin, respecto del lenguaje, no puedo menos de decir que el doctor Rengifo lo escribe bien, al fin como catedrático de Bogotá, que es donde más se estudia y mejor se escribe el castellano. Pero por eso mismo, y por llevar el autor de *Santo Tomás de Aquino y la ciencia moderna* el apellido de un preceptista antiguo de poética muy estricto y muy nimio, sería bueno que en la segunda edición, sin caer en la estrechez de criterio de su colomboño, evitase algún que otro galicismo, como v. gr., el uso de *traducir*, *acúsar*, *sorpresa*, etc., en sentido nada castizo; los regímenes quizá poco correctos de *optar el grado, no puede menos, que, por optar al grado, no puede menos de*; y acentuaciones innecesarias, sin duda por error de caja, como las de *fuéra*, *radium*, etc.; alguna impropiedad, como quizá la de *promanar* por *dimanar*; uso de las palabras demasiado eruditas, como *connotadísimo* por *conocidísimo* (2);

(1) El doctor Rengifo es modelo de claridad y amenidad, como catedrático de matemáticas. (N. de la R.)

(2) *Connotado* será vocablo erudito en España y en el Perú; aquí es de uso vulgar. En cambio, para entender la palabra *colomboño* necesitamos acudir al Diccionario. (N. de la R.)

vocablos parásitos, como *en términos* en la página 24; construcciones incorrectas y poco claras, como al fin de la página 28 y comienzo de la 29.

Todo esto es, sin embargo, insignificante comparado con el mérito intrínseco de la obra; así como lo es que el autor dé a Wundt por profesor de Heidelberg, cuando creo lo es ahora de Leipzig; que amengüe la energía de la frase de Santo Tomás cuando halló escribiendo la vida de San Francisco a San Buenaventura (a quien por cierto no trata bien el P. Sabatier en su errónea y a la vez monumental *Vida de San Francisco*); que no se dé por enterado de que el oficio eucarístico de Santo Tomás fue precedido por otro también hermoso de los bienaventurados agustinos Juan y Juliana de Monte Cornelio; que afirme que Santo Tomás no sabía el griego, cosa que no parece creíble del todo; que no se muestre muy enterado de ciertos pormenores críticos de la bibliografía tomista, respecto, v. gr., al *Seudo-Areopagita* y a los opúsculos de *Lo bello* y *Del régimen de los príncipes*; que no dé exacta idea de las dos *Sumas*; que ponga entre los autores indiferentes a Santo Tomás la antigua Universidad de París; y así otras quisicosillas. Pero, repito, que estos no son sino lunarcillos que no bastan a destruir la fuerza, mérito y hermosura, conveniencia y feliz desempeño de la obra del doctor Rengifo *Santo Tomás de Aquino ante la ciencia moderna*, en la que, por la no mucha extensión, tampoco quizá cupiesen algunas de mis observaciones, como v. gr., la del oficio eucarístico. Además, si soy algo nimio en mis observaciones, crea el docto catedrático que sólo lo hago por la licencia que me dan los que yo creo sus pocos años, y por el mucho amor que tengo a la juventud estudiosa. Y sírvame esto de excusa si no he andado acertado.

Reciba de todos modos el autor por su notable obrita mis sinceros y calurosos aplausos, y plegue al

cielo que con el correr de los años su buena, culta y activa inteligencia nos dé algún día los copiosos y sazonados frutos que anhelamos y esperamos de ella los hijos de la Iglesia y los amigos de Colombia.

P. PEDRO M. VÉLEZ  
(Agustino)

Lima, octubre 1915.

(De España y América)

---

## CENTENARIO

### DE LOS MARTIRES DE CARTAGENA

*(Como homenaje a aquellos ilustres varones, entre los cuales varios fueron hijos del Rosario, reproducimos el interesante estudio que sigue):*

#### FUSILAMIENTO DE LOS NUEVE MÁRTIRES DE CARTAGENA

Los nueve mártires del 24 de febrero fueron fusilados en un mismo momento? Fueron ejecutados todos en la antigua plaza de «El Matadero»?

Ninguna relación circunstanciada nos ha quedado de este acontecimiento, y por tanto, sería imposible dar una respuesta positiva a nuestras preguntas; sábese únicamente que todos fueron fusilados en un mismo día; así, por lo menos, se desprende de la proclama de Montalvo de fecha 23 de febrero y se comprueba con el *Boletín* número 24 de Morillo; mas en lo que respecta a detalles sobre el *momento y lugar de la ejecución* como *generales* para los nueve sentenciados, nada se ha conocido hasta hoy. La creencia aceptada es que todos fueron fusilados a un tiempo y en el mismo lugar, mas no sabemos sobre qué documento se ha basado tal versión.